

Notas para un cuento bibliográfico caballeresco

José Manuel Lucía Megías
Universidad Complutense de Madrid

1. Son las cinco de la tarde. Bajo por la calle Corrientes con prisas, chocando con la gente en las aceras, los vendedores ambulantes, los chicos que ofrecen todo tipo de placeres en propaganda que chasquean a cada momento, la lluvia y la geografía ondulante de las aceras de Buenos Aires. He quedado a las cinco en Florida, en la librería *Los siete pilares*. Es mi primer día porteño y es el momento de ver los libros antiguos que un correo electrónico hace unos meses me habían anunciado. Son las cinco de la tarde. Bajo corriendo la calle Corrientes, dejando a un lado los cantos de sirena de las librerías. Tan solo me he parado en una para comprar “Borges para principiantes” ilustrado por Rep. Nada más. A pesar mío. Nada menos.

2. La librería *Los siete pilares* se encuentra en el primer sótano de una de las galerías comerciales de la calle Florida, la calle de las tiendas, del cambio susurrado en las esquinas, del tango negociado en las aceras y la de los guardias jurados delante de los negocios de Christian Dior. Es la calle de las Galerías Pacífico y el punto de llegada de tantos paseos turísticos. La calle Florida sigue igual. Nada hay en ella que muestre los síntomas de la crisis. El mismo bullicio ante los escaparates y el mismo trasiego entrando y saliendo de las tiendas. Quizás se compre menos. Quizás se mire más. No lo sé ni podría decirlo. Lo único que sé a estas alturas es que llego tarde y que las cuadras parecen alejarme de *Los siete pilares*, como si en realidad, antes de acercarme a una librería, mi viaje me llevara al inicio de una aventura caballeresca, en que el relato se llena de símbolos y de matices que todo lo anuncian. Solo un avispado lector se hubiera dado cuenta de todos estos pequeños detalles en mi alocada carrera por Florida, comprobando cómo los números de las casas no guardan ninguna lógica, ninguna de las lógicas que envuelven el caudal ilógico de mi propia vida.

3. Llego, por fin, a *Los siete pilares*. Una librería de libros de viejo al lado de otras librerías de libro de viejo en el sótano al final de la calle Florida. Frente a otras librerías, con sus escaparates iluminados, cuidados, en que se exponen los libros arropados con terciopelos y dorados, *Los siete pilares* mantiene el sabor del almacén antiguo, de esas librerías de viejo en que los ejemplares aparentemente no guardan ninguna disciplina ni orden. Pero ahí está el librero para darle unidad al aparente caos. Un librero un poco desaliñado, con barba de varios días, con un cigarrillo apagado en la comisura de los labios, canoso, con poco pelo, y con unos ojos inteligentes y pequeños detrás de sus gruesas gafas de miope. Siguiendo el ritmo de los tópicos, así me imaginé al librero de *Los siete pilares*, a Héctor, con quien me había cruzado varios correos electrónicos y con quien acababa de hablar unos minutos antes. Un librero de los de postal, acumulando sabiduría, conocimiento y polvo, a imagen y semejanza de sus libros. Entro en *Los siete pilares* y no veo más que una silla vacía en medio de aquel (insisto) aparente caos de libros. Nadie. Miro el escaparate, que parece

la escenificación de una huida protagonizada por los libros, que han ideado un elaborado plan de fuga, y me siento observado. En la librería de enfrente, *El vellocino de oro*, una joven, delgada, guapa, alegre, detrás de un escritorio de madera, me sonrío... y me llama. Es Carmen, la mujer de Héctor. Me sonrío, me llama, me besa y se presenta. De un rincón, o de un libro más bien, aparece Héctor. Nada que ver con la imagen tópica que me había hecho de él: no más de treinta años, pelo alborotado negro, camisa blanca, barba y nada de gafas, nada de cigarrillo. Tan solo esa pátina de desaliño consigue recordar en algo a la imagen que sin conocerle me había hecho de él. Yo sé que la imagen soñada se impondrá con los años y que, cuando pase el tiempo y recuerde este momento, me vendrá al recuerdo ese viejecito librero que me atendió con simpatía una tarde lluviosa en Buenos Aires, ese viejecito que fue mi guía para adentrarme en una de las colecciones más espectaculares de Argentina.

4. Es curioso, me digo, en el interior del taxi que nos lleva a los tres a casa de quien terminará siendo Horacio P. Nada sé de él. Nada me han comentado y, siguiendo un código de silencio que acepto con la ilusión del juego, nada pregunto. He venido con unos pocos datos en el bolsillo (datos que me he dejado en el hotel, ya que no pensaba que nos viéramos tan pronto), una lista mal confeccionada de títulos y la noticia de la compra de una biblioteca, de la que sólo interesan unos ejemplares, por lo que su dueño quiere deshacerse de los demás. Con esos hilos voy tejiendo mi propia historia. Tan sólo he añadido un dato: tres de los cuatro libros de caballerías que se ponen a la venta pertenecieron a Oliverio Gironde, cuya biblioteca se dispersó y malvendió a su muerte. Y así, mientras Carmen va deshojando tópicos sobre lo difícil de vivir fuera de España y la belleza de las jacarandas, que están en plena ebullición, llegamos a la casa del que terminaría siendo Horacio P., un cuarto piso de un edificio noble en la avenida del Libertador. Atrás hemos dejado la Facultad de Derecho, el Museo Nacional de Bellas Artes, los atascos y la lluvia.

5. Subimos con Julio hasta el cuarto piso. Nada más salir del ascensor encontramos en el descansillo, una serie de placas de plata colonial que forma un cuadro, una bienvenida que anuncia que estamos a punto de entrar en otro mundo. Como así fue. El que luego terminaría siendo Horacio P. se presenta trajeado con toda la elegancia y naturalidad que le regala su inmensa fortuna. Una fortuna que se despliega en todos los objetos que inundan la casa. En el hall de entrada la plata, anunciada en el descansillo, se convierte en el protagonista. La plata que inunda las paredes, las mesas. La plata que enmarca un magnífico cuadro del siglo XV que representa a San Martín de Tours, una pintura comprada en Soria, que formaba parte de un retablo, en que se aprecia al santo en el momento en que, en vez de la mitad de su capa, parece estar armando caballero al pobre que le está pidiendo limosna. Un santo que de caballero romano se vuelve renacentista. Los colores y los dorados de las vestiduras me atraen como una profecía. Uno no puede dejar de mirarlo. Uno no puede concentrar su mirada en un solo detalle. Y del hall, pasamos a un enorme salón que se vuelve minúsculo por los centenares de piezas de plata que parecen haberse desbordado como un río en época de crecidas... Más de dos mil piezas de plata confesaría luego su

dueño, entre entusiasta y aburrido, como quien describe una verdad mil veces contada, mil veces compartida. Piezas que se han arrancado de su vida religiosa, caballeresca, gauchesca, cotidiana. Allí está el sable de San Martín y de otros próceres de la patria argentina; allí se condensa varios siglos de historia, que se amplía a los cuadros colgados en las paredes, de las que no se puede ni intuir su color. Tomo café en uno de los sillones de esta sala. Al fondo, en un pequeño escritorio, Horacio P. habla con Héctor de libros, de negocios, de descuentos... Tomo café y me siento dentro de una burbuja, de una burbuja de plata.

6. Horacio P., como buen argentino –seguramente aquí la influencia italiana no sea una simple casualidad- no puede dejar de admirar y celebrar la belleza femenina. Desde su entrada, no ha dejado de revolotear alrededor de Carmen. Lo hace con la tranquilidad de los años y el desparpajo de la costumbre. Llama a Carmen al escritorio y me quedo solo. Solo entre tanta plata, tantos cuadros, entre los fantasmas que deben pulular a sus anchas entre tantos objetos que les pertenecieron. Mientras Horacio habla con Carmen, quizás menos de libros que de otra cosa, Héctor me enseña una de las joyas de la biblioteca que había comprado Horacio, y de la que no quiere desprenderse: un ejemplar completo del *Conde Lucanor*, según la versión de Argote de Molina. Al abrirlo, me doy cuenta de que recordaba mal la fecha, ya que fue impreso en Sevilla en 1575. Un libro que nunca había tenido en mis manos; uno de los pocos ejemplares completos que se conservan. Dejo la taza en la mesa, intentando que la plata conserve su equilibrio, y abro el ejemplar, este cuarto que yo imaginé más voluminoso. Argote de Molina, Argote de Molina. Le desgrano a Héctor algún que otro dato erudito y me pierdo en disfrutar de sus páginas, de su papel.

7. Antes de salir de la casa museo, o de este museo que ha querido jugar a ser una casa, ya que los libros están en otra muy cercana, Horacio nos tiene reservada otra sorpresa. Al seguir hablando de San Martín de Tours, nos lleva a la otra parte del gran salón, en una esquina, casi escondido, nos enseña su otro “San Martín de Tours”, el cuadro de Brueghel el Joven titulado *El otoño*. En una escena cotidiana tan del gusto de la pintura flamenca de aquella época, el artista coloca en el centro de la composición la matanza, el momento en que se empieza a descuartizar al cerdo, al chanchito. El cuadro está lleno de detalles cotidianos, desde el hombre que se asoma desde el pajar, la mujer y la niña con la sangre, los agricultores del fondo... y cuando observamos el detalle, la maestría de joven Brueghel, mientras nos deja caer en los tópicos, en las admiraciones, prepara la artillería del desconcierto: este es mi otro cuadro de San Martín de Tours, ya que es el 11 de noviembre cuando se hace la matanza, el día de San Martín, de ahí el refrán: a cada chanchito le llega....

8. Llegamos a la otra cosa en el coche de Horacio P., hijo. Una torre, el último edificio construido por su padre en 1984, en la que los últimos tres pisos, del 25 para arriba, se los reservó su dueño para convertirlos en su particular museo, su particular hogar nunca habitado. Tres pisos con centenares de metros, en que el polvo se ha ido apoderando de una obra que nunca se acabará. Salas con estanterías de vidrio para organizar la plata, una cámara acorazada para albergar la mayor colección de joyas

coloniales que hay en el mundo, una magnífica biblioteca estudio, un salón con puertas de plata... desde ese piso 26, ese museo en obras y en polvo, la ciudad de Buenos Aires queda a nuestros pies. Una ciudad de lluvia, de atardecer triste, casi sin ganas. Y desde allí se observa el aeropuerto Jorge Newberry, el de capotaje, el parque 3 de febrero, que parece una extensión de la terraza, y allí los porteños van poniendo nombre a cada una de las torres, a cada una de las avenidas que, poco a poco, se van llenando de luces rojas y blancas.

9. Llegamos a la sala de los libros. Una sala desangelada, de mudanza. En el suelo, varias cajas grandes de cartón, y en los laterales, apoyados a las paredes, varias colecciones. La que yo quiero ver es la caja R-19. Traen sillas, nos sentamos todos alrededor de la caja y me van enseñando los libros. Libros del siglo XVI, libros únicos. Libros que permanecen, en un valioso juego de tetris, en una de ellas. Horacio P. hijo es el encargado de rescatar los ejemplares de la caja, de pescarlos en este riachuelo bibliográfico y pasármelos. Me siento, me acomodo como puedo en la silla, saco mi cuaderno rojo, y voy anotando uno a uno los libros que me pasan. En su mayoría los conozco, pero me interesa la encuadernación, la historia, el estado del papel, aquellos elementos que los hacen únicos. Y así voy viendo el *Cirongilio de Tracia*, de Bernardo de Vargas, la única edición que se hizo de este texto caballeresco en Sevilla en 1535. Falto de portada, pero sustituida por otra manuscrita, a dos tintas, que reproduce la original... y así, uno a uno, van pasando el resto de los volúmenes, sin orden ni concierto, a medida que van saliendo de los fondos de la caja, de esta caja de cartón que nunca imaginó que podía servir a tan altos designios. Y así, la *Crónica de los Reyes Católicos* de Nebrija (Valladolid, 1565), la *Crónica General de España* (Alcalá de Henares, 1574), *Los varones ilustres* de Pizarro (Madrid, 1630), la tercera parte del *Florisel de Niquea* (Évora, h. 1580), y el libro primero de la cuarta (Zaragoza, 1568), *Los cinco postreros libros de la Crónica General* de Ocampo (Córdoba, 1568), el *Florindo* de Basurto (Zaragoza, 1530), sin duda la joya de la colección, una colección de siete volúmenes de diferentes crónicas de España impresos en Madrid por Antonio de Sancha a finales del siglo XVIII, tres tomos de las obras de Quevedo, impresos en Amberes y en Bruselas a mediados del siglo XVII, la *Historia de la Conquista de México*, de Antonio de Solís (Firenze 1699), para terminar con una *Doctrina Cristiana* de 1657 o con la *Historia General y Natural de las Indias* de 1851.

10. Fueron pasando uno a uno los libros y de ellos fui abriendo, en un precario equilibrio, una ficha en mi cuaderno rojo. Ni rastro de Oliverio Gironde en los ejemplares caballerescos. Tan solo un exlibris manuscrito en los *Floriseles*: “Fernando Mercosso”. En los ejemplares de crónicas la historia de sus poseedores dejaron buena cuenta en los mismos, como el impresionante exlibris de Feliciano Ramírez de Arellano, Marqués de Fuensanta de la Valle, o el curioso de Carlos A. Mignacco, o el impertinente de Salvador J. Trillo de Jerez de la Frontera, que ha llegado a marcar algunos de sus folios como si de un funcionario cualquiera se tratara. Después de una hora de ir viendo libros, después de dejarnos solos a Horacio P. hijo y a mí, dado el

poco interés que tenían mis notas, aunque los comentarios de Horacio padre siempre aportaban un dato esencial y pertinente; de los otros ejemplares que había encontrado, de la calidad de los que ponía a la venta. Pero yo no era el interlocutor adecuado para su juego, para este poner delante de los ojos la pieza y luego dejarla escapar. Hacía ya minutos que se había dado cuenta que no estaba allí para comprar sino para disfrutar de unos ejemplares que, en su mayoría, hacía años que nadie los miraba, los apreciaba, los catalogaba.

11. Salimos de la casa a las ocho de la noche. Tomamos café. Recorrimos las habitaciones del museo inexistente, recordamos, una vez más, la talla de San Martín de Tours, volvimos a disfrutar de las vistas, y nos dejaron a Héctor y a mí en una de las calles de Recoleta. En un momento pregunté por el precio. Un precio que debía ya haber sabido, ya que apareció en un mensaje electrónico que nunca llegué a recibir. Un precio que contabilizaba solo los libros de caballerías y las crónicas, como un conjunto completo. Un precio innegociable, se me dijo, ya que su dueño no tenía prisas en vender los libros. Un precio absurdo, en realidad. Nos despedimos en la noche de Buenos Aires. El ambiente estaba muy agradable. Había llovido y había refrescado la ciudad. Una noche para pasear. Y así lo hice, me dejé llevar por los escaparates y los nombres de las calles y me perdí por las aceras, como hacía unas horas, lo había hecho entre libros que nunca volvería a ver. Como unas horas antes me había sucedido por la calle Corrientes.

Buenos Aires, 10 de noviembre de 2009